

LA NOVELA NUEVA-
CHILENOS

**EN
PARÍS**

\$1

P O R
**ALBERTO
ROJAS
GIMENEZ**



la novela nueva

noveno volumen

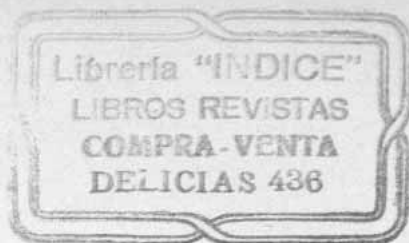
Abril 1930

**c h i l e n o s
e n p a r í s**

alberto rojas giménez



editores:
la novela nueva
santiago de chile



la novela nueva

presenta

chilenos en parís

de

alberto rojas giménez

Tinta Pelikan



Alberto Rojas Giménez



UNA NOCHE DE INVIERNO

El café, que había comenzado a quedar vacío después de las tres de la mañana, recibía ahora los primeros clientes del día. Obreros madrugadores, friolentos, de casqueta echada al ojo y amplios pantalones bombachos, entraban de prisa y de prisa bebían el "coup d'blond" o el "vin rouge" del amanecer.

Noctámbulos retrasados a quienes atrae siempre un último vaso. Individuos taciturnos, sin domicilio, que vagan durante la noche de un café en otro, deteniéndose horas y horas ante un "nature" de cuatro "sous", en espera de que las estaciones se abran para dormir en los coches del metro, al abrigo de la lluvia y de la atención policial.

Una griseta de mala fortuna vino a sentarse entre nosotros y éramos cinco en torno a la mesa.

Max Jiménez, el escultor costarricense, charlador incansable, contaba por quinta vez de cómo Jules Depaquit, el alcalde bohemio de Montmartre, había conseguido abrir crédito en un mesón irreductible de la Place du Tertre.

—Aquel patrón era difícil de convencer... Pero he aquí que un día Depaquit atraviesa la plaza a pasos "chancelantes" y portando una valija.

El patrón lo divisa, y presintiendo algo grave al ver a Depaquit con una maleta, no puede contenerse y saliendo a la puerta lo llama.

Depaquit, poeta, filósofo y dibujante, escucha, el llamado, reflexiona y vuelve sobre sus pasos. Empuja la puerta del café, deposita la valija sobre un piso y declara con desaliento:

—Mi padre ha muerto...

Una lágrima furtiva empaña sus pupilas.

El mesonero, consternado, considera en silencio al alcalde de la comuna libre y no puede menos que ofrecer asiento a este hijo malaventurado.

Y ustedes comprenden, explica Max, que una vez sentado a invitación del patrón, Depaquit sin regodeos se deja servir un primer medio litro. En seguida habla. Habla mucho, pero con la lentitud y la voz apagada y entrecortada que es de uso en los grandes dolores. Y es claro, al primer medio litro sucede un segundo, y al segundo un tercero y un cuarto.

Por fin, después de haber vaciado los vasos y el corazón, Depaquit se pone de pie y coge su maleta. El patrón lo acompaña hasta la puerta y al despedirlo, en un último arranque compasivo, quiere informarse aún:

—De manera que vuestro padre...

—El pobre ha muerto, repite el poeta, el pobre ha muerto... ¡Pero hace ya veinticinco años! Au revoir Monsieur... Je vous ai eu, n'est ce pas? Au revoir.

Todos reímos, qué diablos. Este Max Jiménez, con su aspecto de centroamericano y su mímica tropical, no deja de tener gracia en sus historias. Sin embargo, yo considero con una vaga inquietud la montaña de platillos que en nuestra mesa marca la cuenta de la consumación. Es seguro que nuestros bolsillos están tan vacíos como los del filósofo de Montmartre, y no es de pensar que este patrón nuestro pueda enternecerse a la noticia de la muerte de cualquiera de nuestros padres. Max, que en una rápida ojeada ha hecho la adición y que comparte mis inquietudes, declara:

—Pues si aquel patrón invitó a Depaquit, nosotros invitaremos ahora a este patrón... y asunto concluido. Ya veras cómo todo se soluciona. Y levantándose se dirige al comptoir. Un momento después aparece en compañía de un hombre grueso, colorado, de gran cadena terciada sobre un chaleco fantástico. En seguida nos presenta:

—Monsieur Delamain, propietario del "Petit Napolitain", el simpático bebedero que nos alberga en esta cruda noche de invierno. El señor Alberto Ried, escultor, poeta y geógrafo famoso, autor del célebre plano en relieve de la América del Sur, Paschín Busta-

koff, danzarán ruso que ha tenido a su cargo los coros del Teatro Imperial de Petrogrado y a quien la revolución bolchevique ha desterrado de su país. Y Rojas Giménez, conocido pintor flamenco que acaba de inaugurar con todo éxito una gran exposición rusa de la Boetie...

Encantado de estrechar la mano a tal número de eminencias, Monsieur Delamain accede a ocupar una silla junto a nosotros. El garzón, a un signo de su señor, llena con solicitud los vasos largo rato vacíos.

—Ahora, exclama Max dirigiéndose al invitado, Rojas Giménez que ha rehusado hacer el retrato de Herriot, tendrá el placer de hacer vuestra cabeza. Tiene Ud. un carácter estupendo...

Monsieur Delamain agradece complacido y yo, en mi peregrino rol de pintor flamenco, tiro de mi lápiz y al respaldo de una carta en la que se me anuncia la próxima llegada de un giro, esbozo como mejor puedo la encendida testa de comerciante que tengo al frente.

Mientras tanto, Max hilvana una de sus historias tártaras.

—Créame Ud. Monsieur Delamain. Jamás abandoné en las trincheras, durante tres años de guerra, aquellas hermosas chinelas que me obsequiara tan gentilmente Anatole France. Puedo asegurar que hice la guerra en pantuflas...

Paschin, aprovechando un silencio, comienza:

—Una noche en Petrogrado, con Gorki y otros bailarines...

Pero yo he terminado mi croquis y Max; presentándose a la víctima, hace su apología:

—Vea usted. ¿No le decía yo? Es maravilloso ¡Cuánto carácter, qué precisión...! ¡Ah, pintor, tu asombrarás a París! Derain o Kisling a tu lado son un par de zapatillas...

Monsieur Delamain, convencido, confiesa que nunca un pintor ha fijado mejor su fisonomía. Lleno de júbilo, encendido de fervor artístico, pregunta:

—¿No es verdad, señores, que me parezco a Balzac?

Y sacando la mano del bolsillo deposita sobre la mesa un rectángulo de papel. Hay un largo minuto de asombrado silencio. Frente a nosotros hay un billete rosado, más bien lila y azul, de cincuenta francos.

Yo que debo demostrar un elegante desdén, acerco a mis labios la copa de Bordeaux y luego enciendo un cigarrillo.

Max, en rápida reacción y cogiendo el billete dice:

—No, no. De ninguna manera. No, Pero ya que Ud. ha tenido esta gentileza, yo me encargaré de destinar este dinerillo a la Sociedad Protectora de Artistas, que Ortiz de Zárate acaba de fundar en Montparnasse. En verdad. Monsieur Delamain, no se engañan quienes ven en Ud. a un sincero admirador de las Artes. Garzón. **¡Soupe a l'oignon pour tout le monde!**

Media hora después, en bulliciosa caravana, descendíamos la tortuosa rue des Martyres, bañada por la luz blanquecina del amanecer.

Alberto Ried, del brazo de Max, prometía hacer un nuevo capitel para la Casa de los Diez, en Santiago, en que apareciéramos todos en alegre friso, inclusive el patrón admirable del "Petit Napolitain".

Y el anciano Pascín, con su boina calada hasta las orejas, cantaba melancólicamente:

"Aupres de ma blonde
qu'll fait bon fait bon dormir..."

París 1924





VINCENT HUIDOBRO

Este es Vincent Huidobro, poeta francés nacido en Santiago de Chile.

Entre los artistas suramericanos que viven en París, Huidobro encarna una figura destacada e interesante.

Rasurado, de cabello corto y ojos iluminados, pone en sus gestos y en su manera de hablar toda la extraña fogosidad y vivacidad de su pensamiento. Charla con nerviosidad y en voz alta y clara.

Estamos en su sala de trabajo, pequeña sala desordenada en que se confunden los libros, las revistas, los discos de victrola, las cajas de habanos y las esculturas y máscaras negras, con los poemas dibujados de su celebrada exposición del año pasado.

La vida de Huidobro es tan agitada y dinámica como sus teorías. Acaba de llegar de Alemania, donde dictó conferencias y discutió con matemáticos, cineastas y filósofos. Estuvo en Rusia y luego piensa ir a Suecia y Noruega...

Sus actividades son múltiples. Interesado en el problema social de la India, escribe y publica un libro de propaganda y de combate revolucionario: "Finis Britania".

Esto le acarrea la antipatía de los ingleses, un abrazo postal de Mahatma Ghandi... y una ligera des-

ventura: de la noche a la mañana, desaparece. Su familia y sus amigos creen en una desgracia. A los tres días está de nuevo en su casa. Ha sido secuestrado. Regresa de su prisión como de un viaje al campo: sonriente, un poco despeinado...

Todos los diarios de París reproducen su retrato. Se le entrevista. Conmueve por algunas horas la atención pública.

—Sé que muchos se rieron del atentado de que fui víctima, dice. Los periodistas echaron el asunto a la broma. Y créame que sólo fué despecho. Cuando regresé a esta casa, un centenar de gacetilleros me esperaba. Los había de todos los periódicos del mundo: ingleses, americanos, franceses, rusos, suecos, italianos... Todos querían saber. Todos querían ser los primeros en dar la clave. Y a todos los eché de casa sin decirles nada.

Algunos amigos, entre ellos Picasso, Cocteau, Lipchitz, me dijeron que estaba mal esto que hacía con los periodistas. ¡Qué ridiculez! Yo tengo mucho que hacer y además no soy un fantoche. ¿Quiére Ud. saber quienes fueron los autores del secuestro? Ya sus nombres están en poder de la policía. Fueron dos scouts irlandeses... Pero esto es cosa pasada. Bien pasada. Ahora estoy ocupado con mi film, ¿Sabía Ud. que yo preparaba un film? ¿No sabían esto en Chile? Será algo nuevo, muy nuevo en París. Mosjowskine es un actor de talento y dirigido por mí hará una cosa buena. Yo tengo condiciones para ser el mejor director cinematográfico. También el mejor actor. Me gustaría hacer un Napoleón. ¿Ha notado Ud. mi gran parecido con Napoleón? (Aquí el poeta se pone de pie y se echa un mechón de cabellos sobre la frente, dobla un brazo sobre el pecho, lleva el otro a la espalda y sus ojos miran hacia un horizonte lejano e imaginario). La pose dura un segundo. Luego continúa:

—Mi film se llamará "Cagliostro". Además, regularizaré la aparición de mi revista "Creation". Y este año debo publicar por lo menos cuatro libros. Hay uno de estética y otro de crítica. De acerba crítica. Es necesario fustigar a los imbéciles para mantenerlos a distancia, como a los perros, con un látigo. Para los imbéciles mi palabra es un látigo. Este libro llamará profundamente la atención en América. Se titulará "Tierra Natal", y, por supuesto, versará sobre asuntos de la vida chilena. Los otros dos son de poesía.

¿Volver a Chile? ¡Quién sabe! París, sólo París es la ciudad en que se puede vivir dignamente. Yo conozco todos los países de la tierra, he ido en todas direcciones, y, cada vez que me alejo de París, me alejo con

dolor. Y cada vez que vuelvo mi corazón tiembla, se estremece de alegría.

Ir a Chile... Sí. Deseo ir, hacer un viaje. Pero este viaje no está cercano.

Allá se me acusa antipatriota, porque aparezco en las Antologías francesas como poeta francés. ¿Tengo yo la culpa? Además, nadie se fija, nadie se acuerda de que ante cualquier monumento hermoso, ante cualquier obra grande de la humanidad, yo no dejo nunca de pensar: ¡No hemos hecho nada en Chile. No tenemos nada: ni arquitectura, ni música, ni poesía. Y este es el verdadero patriotismo: dolerse de los defectos, llorar sobre los vacíos y anhelar y luchar para extinguir esos defectos y llenar esos huecos.

Habla Huidobro con una locuacidad admirable. Salta de un tema en otro con agilidad y destreza. Se enreda a veces, a veces resbala, pero un ligero movimiento de los pies, una sabia flexión... y ya lo tenemos de nuevo dispuesto a otro salto.

—Yo he descubierto, yo he creado un Arte nuevo.

Mostrándome una escultura de Lipchitz, dice:

—Vea Ud. que maravilla...

Es una escultura cubista. Un racimo de aristas y de planos que se cortan y se enlazan. Yo miro, comprendo como está hecho eso, comprendo que es una cosa que está fuera de lo cotidiano, una cosa "creada", en fin, pero confieso que esta creación no me produce sino una impresión de aridez y de frialdad.

Huidobro se exalta.

—¡Cómo no siente Ud. esto! ¡Es encantador! ¿Qué nombre tiene? No lo sé. No lo necesita. Es una escultura, como una fruta es una fruta, Tiene sabor y calidad y vida propia. Mírela Ud bien.

Hay una línea imborrable, un abismo insalvable entre el Arte y la Realidad. El artista no debe darnos lo habitual. Debe crear. Hasta ahora se ha hecho arte "en torno de". Hay que desechar lo poético, lo pictórico o lo musical, y crear la poesía, la pintura y la música. El poema, como toda obra de arte, es un invento. Sus elementos están dispersos en el espacio. Encontrándolos y uniéndolos en el tiempo, se crea el poema. Y el poema, así, tendrá vida propia como el árbol y el pájaro.

Hay que barrer lo anecdótico, evitar el relato. Sólo lo absurdo, lo inhabitual, está dentro del arte. Los hechos, las acciones, están dentro de la vida real.

La poesía pura, según Huidobro, empieza con el creacionismo. Hasta ahora sólo se ha hecho relato poético. El culto del recuerdo ha prestado a las cosas una belleza falsa. Esto ya lo dijo Platón muy claramente: "Son

bellas las cosas sólo por el recuerdo". El poeta, el artista, debe tomar las cosas, transformarlas, crear la belleza, inventar la belleza.

Así el hombre primitivo tomó la piedra, tomó la madera, las transformó e inventó, "creó" la rueda, la flecha, el vaso. ¿Cómo valorar la bondad de una obra creada? ¿Cómo saber si ella es buena o mala si no existe punto alguno de control?

Pregunta absurda. Una obra de arte será buena cuando cuente con los elementos indispensables de la obra de arte; cuando dentro de ella no haya elementos extraños.

Una naranja es buena cuando no tiene sabor a pera o a manzana... o a naranja mala. ¿Cómo se hace, cómo se crea un poema? Esto es impertinente y ridículo. Una mariposa llama nuestra atención y llena nuestra admiración. A nadie se le ocurre preguntar como se hace una mariposa.

Y el poema o cualquiera obra de arte creada tiene tanta vida y puede tener tanta belleza como un nenúfar o un ruiseñor.

Y ahora bajemos a Montparnasse, iremos al "Jockey". Hay allí negros de Africa que musicalizan muy bien y ciertas mujeres doradas cuya danza conmueve...

París 1924.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA





ARTISTAS CHILENOS EN PARIS

Entre los treinta mil iluminados que pueblan París, desde las alturas brumosas de Montmartre hasta las orillas plácidas del Luxemburgo, en Montparnasse, una docena de artistas chilenos, llegados hasta esta tierra, después de largos años de sueño anhelante, viven, estudian y trabajan, vinculados a las actividades más diversas e inverosímiles.

Vivir. He aquí un verbo que en París toma caracteres insospechados. Y es que el tiempo, cuya carrera demasiado veloz sólo se conoce por el cambio de las estaciones del año en nuestra América virgilliana, en esta tierra esforzada de Europa cobra su verdadero valor de diamante inapreciable.

Una semana, un día, una hora, que pase, requiere aquí buena cantidad de energía humana.

Para el hombre, para el artista que cuenta en la mayoría de los casos con medios limitados de lucha, subsistir, hacerse un lugar en esta atmósfera de trabajo incesante es cosa de verídico prodigio.

A menudo, si perdemos de vista a un compañero y le encontramos siete días más tarde en la terraza de un café, o en el cruce de un boulevard, no podemos evitar el mutuo asombro;

—¡Hombre! Todavía vivo...

—Ya lo ves. Parece que tú tampoco has muerto...



Es curioso observar aquí el despertar de nuestros artistas al contacto meloso y rudo a la vez de la vida parisiense. Aquí pierden el aire adormecido que les caracteriza en nuestra tierra; amplifican su horizonte y pluralizan y fortalecen sus actividades, reducidas en el país natal a la variedad aniquiladora del corrillo y a la producción lenta y casi siempre anémica.

Y es que en París el artista se siente en su medio. Los efluvios amorosos y la constante emanación intelectual de la gran ciudad son bien diferentes de la atmósfera de nata gris y de pesada incomprensión del ambiente chileno.

En París, por primera vez y más que en ninguna otra parte del mundo, el artista comprende y se le reconoce su alto valor en la sociedad humana.

No se encuentra aquí la sonrisa estúpida y el desdén imbécil hacia las manifestaciones del espíritu con que se tropieza a cada momento en las ciudades americanas. La ciudad misma, construida por artistas, sembrada de monumentos, parques, jardines, museos, teatros y bibliotecas; el servicio ininterrumpido de exposiciones, de conferencias, concursos y academias; el sinnúmero de sitios consagrados al culto de la inteligencia y la romería incesante de iluminados que llega de todas partes del mundo, no permiten el menor gesto de indiferencia o menoscabo por el trabajo espiritual. He visto en Chile hombrecitos de jugosos apellidos saquear e incendiar valientemente una biblioteca, empastelar la imprenta de un semanario libre y les he vuelto a ver en París a estos mismos hombrecitos entrar con timidez en un café de melenudos de Montparnasse y pasar entre las mesas tropezando con las sillas y mirando hacia el suelo con el aire de perros apaleados.

Y no es que la hostilidad cambie de detentores. Es que aquí cada uno toma el nivel que le corresponde. En París, la hostilidad hacia la cultura no se conoce. Y la hostilidad física no desborda los cuatro cordeles de un ring, como sucede en nuestras viriles villas de América.

Libre de convencionalismos, frente al espectáculo multiforme de la vida agitada de París, el artista comprende sus funciones, se convence de que para producir es preciso trabajar, y para trabajar despliega energías que habían permanecido ocultas y alumbra su ingenio con luces hasta entonces desconocidas.

Para muchos de estos artistas ya vinculados al ambiente de París, la sola idea del retorno al país oscuro y de atmósfera intelectual enrarecida es motivo de angustia y de tormento. Nadie quiere tomar el barco del regreso. Todos quieren prolongar, afirmar la estada, que a pesar de la incertidumbre cotidiana, tiene para ellos el encanto de los buenos sueños.

Y no son pocos los que renuncian a la vuelta. Y no falta quien al pisar el barco que había de traerlo, había ya quemado sus naves con un gesto de alivio y de optimismo.

*
* *

Recuerdo un hombre paliducho, menudo, de traza benaventina, metido en un chaqué diminuto y con un atado de marcos al brazo que me saludó una noche en una callejuela de Montparnasse. Era Francisco Contreras. Acaba de publicar una novela en francés y parece dispuesto a no escribir más en castellano. De Chile no quiere hablar. Recuerda varios años de estériles esfuerzos por hacerse una situación en la patria, como una mala pesadilla. Vive en las cercanías de la Grand Chaumiére, colabora en varias revistas de Europa que la pagan bien, y está por fin tranquilo.

En la misma rue de la Grand Chaumiére, N.º 8, está el atelier de Ortiz de Zárate. La primera vez que subí sus escaleras recibí una impresión curiosa. Alto, macizo, de grandes melenas, en camiseta azul, el pintor se paseaba entre sus telas cantando Rigoletto o recitando a Racine. A menudo tomaba una botella de bordeaux, hacía una gárgara bulliciosa y comenzaba una historia.

—Paseando en Roma una tarde con la condesa que tú conoces, fué que descubrí, cerca del castillo de Michel Angelo, la luz del sol en la noche. Rojo, azul, amarillo... ¡Ah, compañero, es una maravilla este vinito! Rojo, azul, amarillo... (1)

(1) Poseedor o no del codiciado secreto, Manuel Ortiz de Zárate no olvida que si el color es un símbolo, la luz es la realidad. Su pintura es robusta y seria. Con inquietud de buena ley, Ortiz ha buscado la verdad plástica en todos los dominios de la técnica. Esto le ha proporcionado la poderosa simplicidad que aparece en cada obra suya. Sin embargo, a pesar de su técnica simple y sobria, la inquietud, el impulso libre, se manifiestan y asoman continuamente en sus cuadros, especialmente en sus paisajes.

Manuel Ortiz salió de Chile hace veinte años. Veinte años ha pasado en París por español. Sólo Guillaume Apollinaire anduvo próximo a la verdad, llamándolo patagón y

Siempre contento de vivir, exuberante, amador infatigable de las creaturas de Dios, que llamaba el autor de la Rebelión de los Angeles, su suerte está definitivamente echada.

Vivió diez años agitados de bohemia parisiense. Trabajando con entusiasmo, curioso, investigador, inquieto de toda verdad pictórica ha arribado y tiene un nombre cotizante en los mercados de arte de París. Es el tipo del hombre feliz, Sus inquietudes son únicamente plásticas.

El descubrimiento de la luz solar entre las tinieblas nocturnas lo ha llenado, por el momento, de dulce conformidad.

—¿Chile? Ah, sí. Mi padre que es un gran músico y mi hermano que es un buen pintor, se ahogan en Chile.

De allá me escribió el presidente de no sé qué sociedad. Me invitaban a concurrir a una exposición. Las cartas menudearon. Yo mandé una tela que habría podido vender aquí diez veces.

Sé que allá también se vendió pero no he recibido un céntimo.

¡Cosas de la patria, compañero! Rojo, azul... ¡Créeme, no hay como las Pirámides!



En el quinto piso de un hotel de Avenue de Maine, vive y trabaja Oscar Fabres, dibujante. Tiene quince años de París. Pudiendo vegetar en algún Ministerio de Santiago, jugando al cacho al mediodía y al anochecer, ha preferido sostenerse en Europa donde su apellido ha cobrado un acento nuevo: Fabrè. Ha conocido días amargos, en que una taza de café sabe como un ban-

araucano, en uno de sus libros... Y hace veinte días adquirió la ciudadanía francesa.

Para nosotros, artistas de Chile, Manuel Ortiz es un ejemplo y una divisa. Su vida de esfuerzo continuo y entusiasta, el lugar que hoy ocupa en París y que ha ganado sin dobleces ni lucro de ninguna especie, nos dan la norma del hombre y del artista. Ha conocido la miseria y los días grises en que el espíritu mejor templado, vacila. Ha conocido la envidia del compañero, la mala amistad, ha sido "el extranjero" durante mucho tiempo, pero no ha cedido ni al desaliento ni a la amargura. Su obra es honesta y Ortiz no ha comprado nunca un artículo de prensa. Vale más, muchísimo más que innumerables pintores cuyos nombres alcanzan una cotización inmerecida. Buen camarada, sencillo, lleno de generosa vitalidad, no tiene la pose del maestro, y sin embargo, no son pocos los que le siguen y le imitan.

quete. Casi no puede hablar el español. Su hermano, poeta, vive en Algeria. El dibuja en las revistas y vive contento. En estos días aparece un álbum suyo de escenas parisienses prologado por Francis Carco, el romancero de los apaches.

—De la feria luminosa de París, dice, lo que más amo es el circo. Mis mejores amigos son payasos. Y el mejor de mis amigos es Paul Fratellini. ¡Que tipo! Tiene en su hotel la más completa biblioteca de clowns que usted puede imaginarse. ¡Ah, el circo! ¡Recuerdo los domingos de mi niñez, en mi país, cuya única alegría la constituían las piruetas de Fran Brown! A la vista de una carpa de circo, mi corazón palpita de emoción. Aquí en París, las veladas del Medrano, las matinées del Cirque D'Hiver son mi mayor regocijo.

Escriba usted un libro sobre la vida de los saltimbanquis y yo lo ilustraré con cariño. La mayor pesadumbre de mi vida, compañero, es que en los últimos diez años he tenido que asistir al entierro de seis payasos...

*
* *

Al escribir esta crónica, en este "Café des Amis du Montparnasse", cuyas paredes decoramos ayer entre un grupo de habitués y cuya sala pequeña y amable he de recordar por mucho tiempo, casi he olvidado que en una hora más debo abandonar París y tomar el tren de Alemania. Sin embargo, no quiero terminar antes de dedicar unas líneas a uno de nuestros artistas más esforzados y cuya vida contradictoria está llena de detalles interesantes y pintorescos: el pintor Paschin Bustamante.

Paschin, es todo un personaje novelable. Quería verificar las teorías que acerca de la pintura moderno explayaban Jean Emar y Vargas Rosas, en el sótano del Restaurant Becquer, en Santiago, y se vino a París con dos libras esterlinas amarradas a la falda de la camisa.

Hicimos juntos el viaje de Valparaíso a La Pallice. En la travesía del Mar Caribe, una turbonada puso a pique de zozobrar nuestro barco. Sobre el puente, algunas arboladuras pestrozadas amedrentaban el espíritu del equipaje, y el huracán azotaba los mástiles con ímpetu amenazador.

Paschin, tendido en la litera del camarote, no podía conformarse con el naufragio y el hecho de que yo tomara mate con toda tranquilidad en momentos tan graves, lo ponía fuera de tino.

—¡Ay, Señor, este mundo! ¡No voy alcanzar a

ver a Cezanne! ¡Dios mío! Y Picasso y ese Ultrillo que pinta con un blanco desconocido... Pero Cezanne!

El barco no naufragó y Paschin vió en el Louvre a Cezanne, Pizarro, Gauguin y a muchos más.

La vida nos separó, y sólo de tarde en tarde he podido abrazar a este buen compañero. Y cada vez que nos encontramos, Paschin, en el lenguaje más gráfico que he conocido, me informa de sus descubrimientos y de sus actividades.

Apremiado por la existencia, talló muebles. En las horas que le quedaban libres estudiaba cerámica en el taller de un polaco y salía a pintar.

—He visto el salón de los independientes, me decía el otro día. Es muy malo. Hay aquí muchos simuladores. En los cuatro o cinco kilómetros de cuadros expuestos, sólo dos o tres cosas merecen la atención. Sin embargo, creo que el triunfo del espíritu nuevo es indiscutible. Perotti y Lucho Vargas tenían razón. Pero, no hay que buscar la pintura nueva en las exposiciones. Sólo hay que abrir los ojos y salir a la calle. Hombre, qué cosas he visto!

En Montmartre, en una esquina, había un montón de brujas que sacaban la suerte y unos rusos que comían espadas. Era sublime. Y cantaban y bailaban. Y los automóviles y los chiquillos que corrían como locos. Dios mío, qué animación. Y arriba, en el cielo, un aeroplano plateado haciendo tirabuzones... ¡Ahí está la pintura actual! En los contrastes, en las agrupaciones. Nada de líneas ni composición ordenada. Mucho movimiento, carácter, expresión.

También hay que ir a los cafés y a los dancings de los barrios maleantes. Apaches bailando con mujeres de pelo corto y vestidos como pintados sobre la carne. Curcos que tocan el acordeón. Y los viejos que pasan con bandejas llenas de copas llevando el compás de la música, las luces de colores, el humo, los gritos, todo eso revuelto, mezclado, cortado. Ahí están los cuadros hechos.

Yo voy a pintar un Cristo entrando a la Rotonde. Nadie lo reconoce. Las modelos siguen fumando y los judíos discutiendo. Entre el grupo de judíos, voy a meter a Moisés Cáceres (2), con su traje de pana y a Una-

(2) Moisés Cáceres, estudiante chileno que se suicidó cortándose las venas con una navaja de afeitar, en la cabina de un baño público, y no de un tiro de revólver en las puertas del Consulado de Chile en París, como se dijo y aseguró en Santiago a raíz de su trágico fin. Los móviles que impulsaron a Cáceres para tomar la desesperada determinación estuvieron muy lejos de ser la pobreza — que él siempre soportó con orgullosa resignación — o el despecho porque el Cónsul, en esa época señor Amunátegui, le hubiese negado dinero. En realidad, Moisés Cáceres sufría de una aguda en-

munó con sus pájaros de papel. Y en una mesa te voy a pintar a ti entre la marquesa y Sonia, con tu pipa y tu blusa de marinero. Y voy a pintar las palabras y los ruidos. Este cuadro se va a llamar "Diciembre de 1925", y me servirá para elejarme definitivamente de la pensión que me debe el Consejo de Bellas Artes.

Dicen que Archipenko hizo un cuadro con cepillos de dientes y pedazos de cretona. Eso está muy bien. Yo voy a hacer un autorretrato con la cabeza recortada en la tela.

Cuando vengan amigos a mi atelier, yo me pongo detrás del marco y asunto concluido...

Pero lo que más me gusta en París, es la Feria de Clichy con sus carrouseles y sus montañas rusas. Anoche soñé que la Tour Eiffel se había doblado. Donde no puedo ir es al boulevard de los italianos. Me mareo. Hay tantas sillas en las veredas!

Escuchar a Pachin es para mí una fiesta. Enamorado del arte y de la vida, incoherente, anecdótico, pertenece a la casta de los hombres inverosímiles.

Sus sienes comienzan a blanquear, pero su espíritu se mantiene fresco y ágil.

A veces llega hasta mi hotel, maldice de las escaleras, de la lluvia y del frío; vacía mi botella de tokay,

fermedad nerviosa que llegó a encerrarlo en las oscuras celdas de la perturbación mental. Poco antes de morir, trabajaba en el gabinete de una Biblioteca de París. Días antes de suicidarse, lo encontré en el jardín del Luxemburg, y de su conversación incoherente y disparatada deduje que era víctima del delirio de persecución. Quería que yo le prestase mi revolver "para vengarse de ciertas gentes que le hostilizaban y le perseguían".

Alarmado por los signos evidentes de perturbación que encontraba en sus palabras y actitudes, me puse a hablar con un íntimo amigo suyo, el joven escritor francés J. Gochot, quien logró arrancarle la tarjeta que le permitía acceso al gabinete de la Biblioteca — en previsión de una crisis que pudiera tener lamentables consecuencias, — y lo acompañó hasta el día en que, pretextando estar cansado y querer tomar un baño, se despidió de él y entró en un establecimiento de la Avenue des Gobelins, para ser sacado de allí, dos horas más tarde y en estado agónico, camino del hospital Cochin, donde falleció. Con una navaja se había abierto las venas de los tobillos, de los puños y las carótidas!

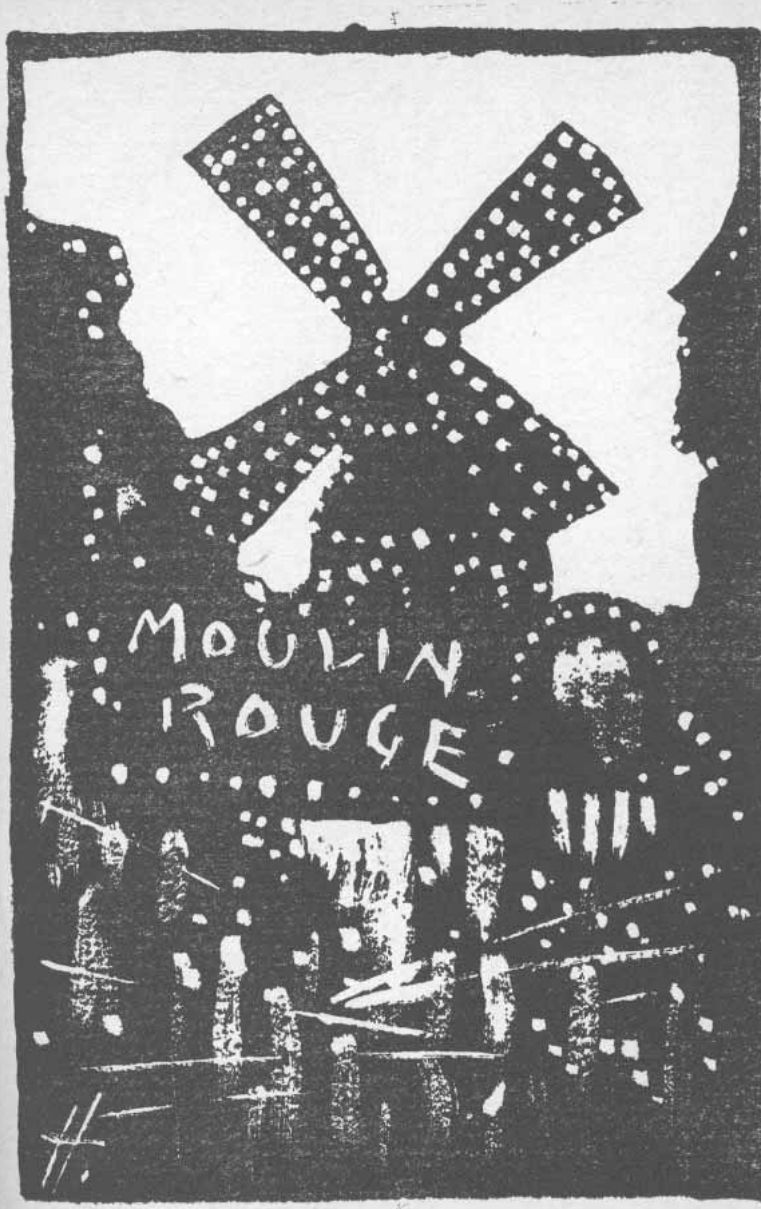
Entre los estudiantes del Quartier Latin y en los cafés de Montparnasse, Moisés Cáceres era bien conocido y estimado. El patrón de un hotel pobre, donde se hospedara durante un largo tiempo, me decía, recordándolo, el día de sus funerales: — "Muy gentil, Monsieur Cáceres, muy gentil. No hacía nunca ruido. Sólo que se lo pasaba leyendo, fumando, y me dejaba encendida, todas las noches, la lamparilla de su cuarto... ¡Ah, mon Dieu, era un soñador!"

se pinta los labios y las cejas con los lápices de mi compañera y mirándose al espejo exclama anegado de cómica melancolía:

—¡Ay, Señor, este mundo! Así era yo hace treinta años...! ¡Y ahora hace mucho frío! ¿Se acabó el tokay?

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA





MOULIN
ROUGE



NOSOTROS EN PARIS

Muchas veces he pensado escribir un libro con el título de esta crónica. Sería un libro risueño, anecdótico, pintoresco.

A la feria cosmopolita de París, es Sud América el costado del mundo que contribuye con el elemento social más pintoresco e interesante. Interesante, sobre todo, desde el punto de vista de la caricatura.

Millonarios, aventureros, generales, diplomáticos, literatos, todos los que forman el conglomerado de una colonia, ofrecen figuras que, miradas a través de la lente parisina, son dignas de ser glosadas, comentadas, fijadas en letras de molde.

He hablado de un libro risueño. Para esbozar algunas siluetas, mojo mi pluma en una tinta de color suave y alegre como el que crea el sol al fondo de los vasos del aperitivo, en estas alegres tardes de primavera.

*
* *

Los salones de lectura del Banco Anglo, son el puerto obligado de todos los chilenos que llegan a París.

El Club de la Unión, el Club de Señoras, la calle de los Huérfanos y hasta la plaza de Armas, se condensan allí de once a doce de la mañana.

A los que hemos casi olvidado el sonsonete inconfundible con que se habla en nuestra tierra, nos basta con asomar las narices en el Banco y todo Chile, con sus "¡Ay niña, no me digas!" o sus "Buena cosa mi señor!" se nos presenta de golpe.

—¿"Has ido, niña, al Museo Cluny? Si vieras que antigüedades más antiguas se ven allí..."

Pasar media hora en la sala del Banco, y encontrarse en seguida en plena Avenue de l'opera, me ha parecido siempre una cosa prodigiosa. Algo así como si hubieran quitado el mar. Es indudable que en los veinte tramos que hemos descendido para encontrarnos en la calle están sintetizados los miles de kilómetros que nos alejan de la patria de la empanada y el "Ay, ay, ay,".

*
* *

Allí me encontré una mañana con un muchacho rubio, elegante, que me saludó con cierto asombro. En un principio creí que se trataría de alguien a quien habría conocido en Viena o en Berlín, y respondí en alemán a su saludo.

El soltó la carcajada.

—"¡Buena cosa hom'! ¡Ya te habís olvidao de los amigos!".

Era chileno. Imprecisamente reconocí en él a un antiguo habitué de Huérfanos Street.

—"¿No te acuerdas que estuvimos juntos en el Barros Arana?".

Era efectivo. Ahora recordaba bien. En el Barros Arana habíamos soportado juntos las severidades de Mr. Robinson, y los relatos geográficos del señor Bráñez. Pero, de esto hacía muchos años. Era todo un pedazo de mi infancia lo que la presencia de este hombre reanimaba en mi memoria. Volví a ver los patios del Internado, la cancha de foot-ball ("el picadero", como la llamábamos), los dormitorios inmensos que una lamparilla azul mantenía en una eterna claridad de amanecer.

Nos estrechamos la mano, y él entró luego en confidencias.

Venía de Inglaterra. Había sido nombrado Cónsul de Chile en un puerto de las Islas Británicas, y ahora regresaba al país.

Mientras conversábamos, yo lo observaba. Habla con una locuacidad admirable, demostrando en sus relatos un conocimiento del mundo y una fuerza imaginativa fuera de lo común. Una banderita chilena adornaba el ojal de su solapa.

—"Ser Cónsul... ¡Ah, compañero! Tú no te imaginas cuánta obligación, cuánto compromiso... He recorri-

do toda Europa. He estado en Egipto y en Turquía. Creo haber dejado en todas partes bien puesto el nombre de Chile.

En Inglaterra, una vez tuve que asistir a un baile de la Corte. La Reina, por deferencia a los diplomáticos presentes, accedió a dar una vuelta de vals con cada uno. Cuando llegó mi turno, ella me dijo al oído "Oiga Consulito, con Ud. quiero dar dos vueltas..."

Tú sabes que yo bailo bastante bien. Fué un triunfo.

Otro día fui recibido por el Príncipe de Gales. Al saber que yo era chileno, me dijo en perfecto castellano:

—"Chile, sí. Muy bonito. Las cabras son macanudas. Ligerito voy para allá..." En Inglaterra lo pasé muy bien. Muchos lores me dieron su retrato".

Yo no crec en los hombres extraordinarios. Pero estoy convencido que entre mis compatriotas hay ejemplares verdaderamente fantásticos.

*
* *

Las anécdotas abundan. Al millonario que viene a darse una vuelta por Europa, que entra al Louvre y dice "¡Oh!" delante de la Gioconda, por que así lo estipula el manual del perfecto turista, suele despertársele el pecaminoso deseo de adquirir objetos de arte que lleven el recuerdo de París hasta la casa solariega. Entonces el hombre se lanza a la busca de los inevitables cuadros con frutas, para el comedor o de las madonas para el dormitorio. Un compatriota que goza de un gran prestigio de "amateur", en Santiago, me confesó un día sus intenciones de comprar algunas telas de arte moderno.

"Yo tengo en mi casa muchos cuadros, me dijo. Poseo algunos verdaderamente notables.

Hay un retrato con las manos muy largas, por ejemplo, que indudablemente es un Greco... Ahora quisiera llevarme un cuadro de esos que llaman "cubistas".

Fuimos a una galería y se decidió a adquirir una tela de Braque, con la condición de que el "marchand", le diera una explicación por escrito de lo que la tela significaba, para pegarla al dorso del marco.

—"Son tan preguntones en Chile, compañero, y yo ya estoy viejo para que me pillen sin perros..."

*
* *

Una noche me presentaron en un cabaret de Montparnasse a un respetable funcionario, que venía en nó sé qué misión de estudios sociales,

Al saber que yo era escritor, me llamó aparte.

—“Compañero, yo no hablo francés y estoy metido en un negocio en el cual se me presentan algunas dificultades. Si usted quisiera ayudarme a salir del paso, yo le estaría muy agradecido... Se trata solamente de escribir algunas cartas...”

Acepté, gustoso de poder servir a un compatriota. Me dió su dirección y convinimos en que al día siguiente lo encontraría en su hotel. Fui a la hora fijada, y lo hallé sentado a su mesa de trabajo. Junto al tintero, una botella de champagne ponía una nota de mundana elegancia. Palabras preliminares y luego mi funcionario entró a explicarme en detalle la índole y manejo de su “affaire”.

—“Para empezar, impóngase del aviso que he puesto en esta revista...”

El espectáculo multiforme de la vida me ha enseñado a no espantarme de nada, pero en esta ocasión confieso que leí con cierta sorpresa el aviso siguiente:

Caballero chileno de alguna edad,
con 8,000 francos de renta mensual, desea conocer señora o señorita de bello cuerpo y hermosas facciones. Generosidad. Discreción. Escribir, enviando fotografía.

El aviso aparecía en “París Flirt”, revista de buen humor, impresa en papel rosado...

No pude evitar una sonrisa. El respetable caballero chileno, descorchando la botella de champagne, explicaba:

—“¡La vida es tan corta, compañero! Y no quiero irme de París sin hablar el francés. Y vea usted cómo el método tiene su buen resultado. El aviso salió hace tres días, y hasta hoy he recibido más de ochenta respuestas. No tengo más que elegir. Y como yo no entiendo una palabra del idioma, le ruego me traduzca las cartas y me ayude a organizar el servicio de correspondencia...”

¡Alegre negocio! Ochenta cartas galantes a traducir y contestar.

—“No hay tiempo que perder, compañero. Impóngase del archivo”.

Cuidadoso, minucioso, ordenado como todo verdadero “homme d'affaires” mi compatriota había ya arreglado por orden de llegada y alfabeto las respuestas recibidas.

Entramos a clasificar. Yo, interesado en el sabor pintoresco de la aventura, traducía las cartas en voz al-

ta y "mi jefe", con un lápiz azul o rojo, hacía las anotaciones convenientes al margen de cada una.

Por ejemplo: "Monsieur. He leído su aviso de "París-Flirt" y creo que yo soy el tipo de mujer que usted busca. Viuda de guerra, soy todavía joven y bien parecida como usted puede ver en la fotografía adjunta. Vivo en los alrededores de París y poseo una villa con todo el confort moderno. Si soy de su agrado, puede Ud. venir a verme cualquier día de cinco a siete de la tarde. En la soledad que me rodea, mi solo sueño... etc. etc..".

"Mi jefe" anotaba con lápiz rojo: "Viuda, guerrera y con Villa".

Pasábamos a otra: "Soy rusa, descendiente de una antigua familia del Imperio. Vivo en Francia desde hace varios años y hablo perfectamente el idioma. Habiéndome perdido mi fortuna y mis joyas en la catástrofe de la revolución bolchevique, la pobreza me obliga aquí a dirigir una casa de pensión. Soy rubia, alta, de ojos claros y al decir de mis amigos, mi conversación es sumamente agradable. Me apresuro a contestar a su aviso de "París-Flirt", en el temor de que otra me preceda y en el deso de evitar que usted, extranjero de corazón generoso, como me lo imagino por su aviso, vaya a ser víctima de alguna de las tantas mujeres calculadoras que pueblan París...".

Con lápiz azul, "mi jefe" ponía: "Rusa imperial con casa de pensión".

El archivo era extenso, variadísimo, y de un interés psicológico apreciable.

Después de dos días de copioso trabajo, el servicio de correspondencia quedó organizado conforme a las más modernas exigencias. Dossier, para las fotografías, carpetas con índice, copiadores, etc.

El "negocio" exigía gran actividad. Contestadas las cartas recibidas, hubo que confeccionar un horario y anotar en un carnet la hora fijada para los innumerables "rendez-vous" en que mi jefe trabaría conocimiento con las postulantes que lograban interesarle.

Comenzó para él una vida de extrema agitación... Ocho horas al día un taxi recorría París en todas direcciones para conducirlo a las citas correspondientes. Al chauffeur se le asignó un sueldo semanal.

Como ya mis servicios le fueran innecesarios, dejé de ver a mi jefe por algún tiempo.

Un día lo encontré a la entrada del Metropolitan, en la Place de l'Opera.

—"Hola ¿qué tal?... ¿Y el "negocio" marcha?"

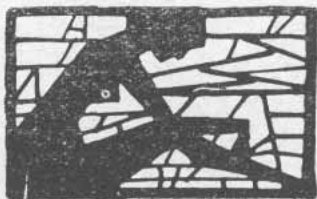
—"Aquí me tiene, secretario. Encantado. Ah, qué vida maravillosa la de París. Término medio, veinticinco cartas al día... Lástima que me llamen de Chile. Voy a tener que irme pronto. Sin embargo, todavía le

saco el jugo al avisito. Aquí estoy esperando a una postulante. Como es la primera cita y no nos conocemos, hemos arreglado que yo esté con su carta en las manos. Ella vendrá con un vestido marrón y un número de "París-Flirt" desplegado..."

Nos despedimos y volví a perderlo de vista.

Hace una semana, revisando diarios de Santiago, me encontré con su retrato. "Ha regresado al país, después de haber hecho en Europa pacientes y concienzudos estudios sociales, el distinguido y respetable funcionario, señor don Fulano de Tal..."

París 1926.





EL CHILENO EN BERLIN

A Joaquín Edwards Bello.

En París causaba el asombro de algunos compatriotas conocedores de mi brillante pobreza, invitándolos cada Domingo a mis tees de la rue Vaugirar.

A mediados de semana, bien podía yo carecer de domicilio, pero al llegar la tarde del Domingo, a costa de un poco de ingenio, podía darme el honesto placer de reunir en una pieza, ofrecerles una taza de te, cigarrillos y hasta una copa de champagne a las personas que distinguía mi aprecio.

La historia era sencilla. El apartamento, situado en un sexto piso, con balcones sobre el Luxembourg y pesados cortinajes, pertenecía a la marquesa de Epar-dailant. Ella suministraba, además, un anafe, tazas y un gramófono. Tristán Tzara, el poeta dadaísta y Mohga-dam, príncipe y pintor persa, que paseaba sin sombrero por el boulevard, contribuían con los cigarrillos. Los pasteles quedaban a cargo de Sonia, "la rusa más hermosa de las rusas viajeras", y se servía el champagne cuando mi destreza en el juego de lanzar las argollas ganaba algunas botellas en la feria de Lyon Denfert.

Los personajes más pintorescos del Principado de Montparnasse presidían aquellas reuniones.

Gilbertte, una modelo que hizo la gloria del malogrado Modigliani, aparecía envuelta en sus velos de viuda eterna y tocada con su eterno turbante plateado. Karis, el holandés-islamita, una de las atracciones del café "La Rotonde", vendía entre los asistentes su autorretrato con el honesto fin de reunir fondos para la adquisición de una nueva levita, que diera a su figura un tono menos verdoso e invernal, y Dena Munroe amenizaba la hora con sus canciones de la vieja Francia.

El comentario de estas reuniones se esparció luego entre la colonia de mis compatriotas y se forjó la leyenda inevitable. Aquello costaba dinero y era reconocido el corto alcance de mi fortuna. En mi conversación se escuchaba con frecuencia el uso de palabras germánicas, y era bien posible que estuviera en relaciones con los espías.

O más bien con el Soviet. Muchos aseguraban haberme visto en un cabaret ruso de Montmartre, hablando con hombres de largas y erizadas barbas y yo aparecía envuelto en un amplio gabán de pieles cuya procedencia de la estepa era indudable.

Mi viaje a Alemania debe haber favorecido la primera hipótesis. Y aquí en Alemania, en este Berlín de calles rectas y flamantes, yo he venido, a mi vez, a caer en el asombro que produce la vida inexplicable y misteriosa de ciertos hombres. Y esta vez el hombre se llama Rafael Silva de la Cuadra.

*
* *

Hace cuatro o cinco años, Rafael Silva paseaba por las calles de Santiago su figura flacuchenta, pálida, encorvada, de grandes ojos oscuros y de pantalones demasiado anchos, colgantes, que le daban el aspecto de vivir como suspendido de una percha.

En aquel entonces, estudiaba el piano. Un día desapareció de Santiago. Alguién habló de un viaje. Muchos creímos en su muerte. Era tan delgado, tan agachado, tan pálido...

Y he aquí, que después de varios años, paseando una tarde por las avenidas del Tiergarten, un hombre de lengua barba rubia y estirada figura rematada por el monóculo, se detiene frente a mí, abre los brazos con estupefacción y exclama:

—¡Menschenkind! ¿Sind sie Rojas Giménez?

—Jawhol, mein Herr. ¿Und Ihnen?

—¡Hombre, qué alegría! ¿No me reconoces?

En verdad, no lo reconocía. Aquella barba, aquel monóculo...

—¡Rafael, hombre, Rafael Silva!

Le di un abrazo, como el abrazo que debe darse a un resucitado. Hilvanamos la conversación, llena de preguntas atropelladas que hilvanan siempre dos hombres a quienes el tiempo y la distancia han mantenido largamente separados.

—Y bien, dime qué haces en Berlín.

—Hombre, es historia larga. No me preguntes. Vivo, estudio el piano... Llevo aquí cuatro años sin ganar un pfening. Hago gimnasia...

Yo lo observaba. ¡Cuánto había cambiado en cuatro años! Ya no era el débil adolescente de las calles de Santiago. Ahora andaba erguido, con paso seguro y firme. Y la barba, rubia, rizada, le daba un aspecto de Juan Bautista, que no le estaba mal.

De pronto se detuvo y se despidió.

—Perdóname. Un asunto urgente. Te dejo. Ven a verme mañana temprano; seguiremos charlando.

Me anotó su dirección y se fué. A la mañana siguiente fui a verle. La dirección, según mis pensamientos, debía corresponder a alguna elevada buhardilla, en la que el piano y la cama no dejarían espacio para más de un visitante. Por una ventana alta y pequeñísima entraría el aire estrictamente necesario para los pulmones del morador. Y alguna mesa, de dudoso equilibrio, haría las veces de comedor y despacho. La vida difícil de los artistas en las grandes capitales me ha mostrado con frecuencia habitaciones de esta traza: El cuarto de Acario Cotapos en New York; el taller de Lipchitz y la vivienda de Marius André en París.

Pero esta vez debía equivocarme. Rafael Silva vivía en un primer piso, en una de las calles más céntricas de Berlín. El mismo acudió a recibirme.

—Qué bien que hayas venido. Pasa...

Me introdujo en un salón. Era el estudio. Divanes, estantes colmados de libros, cuadros, lámparas de enormes pantallas, bibelots, retratos de indiscifrable dedicación. Preparó el té, encendimos cigarrillos y conversamos.

Del muchacho débil de Chile no queda en él sino el idioma. Y hasta el idioma va transformándose, llenándose de vocablos extranjeros, haciéndose más objetivo y preciso. En cuatro años de Berlín han variado sus fisonomías espirituales y físicas. Como todos los latinos que se radican en tierra sajona, ha pagado, primero, el tributo del choque de la raza. Luego, en la lucha por la vida, entre estos hombres de vida fuerte, ha encontrado el provecho de una escuela.

—“Y quieres que te diga algo de mi vida, dice. Como tú sabes, salí de Chile hace cuatro años. Llegué a Alemania en plena inflación. Entonces, tener un dólar en el bolsillo equivalía a poseer una fortuna. La existencia era atrozmente difícil para los alemanes. En cambio los extranjeros se daban vida de grandes duques. Con un peso chileno se podía pagar el arriendo de un mes en un lujoso apartamento. Mis primeros quince días de Berlín los viví en un palacio. Escalera de mármol, lacayos de librea, buena mesa... Todo, todo lo que la holgura económica pueda proporcionarnos. Era el tiempo en que las vírgenes se ofrecían al transeúnte por un puñado de monedas o por una invitación a comer...”

Una noche, en un café de Unter den Linden, puse un dólar en las manos de una niña de sorprendente belleza; Si tú la hubieras visto! Se me echó al cuello y me besaba las manos de alegría, loca de felicidad. Se llamaba Lenchen, y hemos continuado siendo amigos.

Las cosas cambiaron de la noche a la mañana; las finanzas germanas se enderezaron, pero aquel dólar oportuno selló entre nosotros la amistad de una vida.

La inflación, la miseria, el hambre... Tú no podrías imaginarte el aspecto de Berlín por aquellos días. Se especulaba con el cambio hasta en las letrinas. Pero ya te digo, de la noche a la mañana todo varió de golpe. Gentes que habían acumulado marcos papel en la esperanza de una alza repentina, y que se creían multimillonarias, se encontraron de pronto con que no tenían un solo pfening.

Mis economías habían desaparecido y la vida empezó a serme difícil. Recuerdo haber pasado todo un invierno junto a las estufas del “Romanische Café”, con el estómago vacío y mordiéndome las uñas. Tú sabes la necesidad aguza el ingenio y mis actividades se multiplicaron. Vendí gramófonos, por cuenta de una casa mayorista. Vendí máquinas de escribir, cuadros antiguos, cintas para sombreros, calcetines. Hice el intérprete para turistas españoles en un hotel central. Por las noches leía las líneas de la mano entre los clientes de los primeros cabarets que reabrían sus puertas pasada la tormenta de la guerra. Y así, haciendo el vendedor ambulante, el comisionista, el mago... me sostuve dos años. Ya en posesión del idioma, logré que me aceptaran como comparsa en los talleres cinematográficos. ¡Cuántas veces, vestido de frac, con el estómago vacío, tuve que sentarme frente a una mesa en la que humeaban viandas de utilería! ¡Cuántas noches de invierno, después de haber posado ante el objetivo, envuelto en suntuosos gabanes, salía del estudio sin tener un sobretodo o una bufanda que me protegiera del hielo cortante de las calles, camino de mi cuarto!.

¿Pensar en Chile? Sí, pensaba en Chile, pero no en el regreso. Para mí la cosa es sencilla. O se queda uno en América, bien alimentado el estómago y el cerebro muriendo de inanición, o se temple el espíritu para correr todos los riesgos en Europa a cambio de una vida intensa y verdadera. Yo he preferido esto último, y tú también...

Yo no volveré jamás a Chile, si no es por paseo. Chile es un país hermosísimo. Pero los chilenos... Los chilenos tenemos dos características bien definidas: el modito de andar "a lo pato" y la mala lengua, la intriga, la maledicencia. Hace dos años reuní gente en mi casa para pasar la Noche de Navidad. Cada uno trajo lo que pudo para presentar el inevitable árbol de Pascua. Tuve que robar algunas ramas de pino en el Tiergarten. La noche se pasó alegremente. Tótila Albert había traído su cítara y nos ofreció un concierto estupendo. Entre los invitados había un solo chileno, un profesor que había venido aquí en comisión gubernativa. Toda la noche se lo pasó averiguándome cómo hacía yo para vivir en un apartamento tan bien puesto. Tuve que confesarle el secreto: el apartamento pertenecía a un amigo que andaba en viaje y yo cuidaba la casa durante su ausencia. ¡Dos meses más tarde se decía en Chile que yo me daba vida de príncipe, gracias a que mantenía un garito clandestino!"

En el estudio de Rafael Silva he conocido a interesantes personalidades del mundo artístico berlinés. Y en Chile a Rafael Silva nadie lo conocía, nadie lo estimulaba, y para salir tuvo que reunir el dinero de su pasaje a costa de grandes esfuerzos.

En los últimos dos años, ya asimilado a la vida de actividad incesante que le rodea, ha podido dedicarse plenamente a sus estudios musicales. Ha dado conciertos, en los que se le ha aplaudido y se le ha atacado. Es uno de tantos, en fin, que estuvo a punto de ahogarse en nuestro ambiente rarificado, en el que se pide a gritos a los concertistas que toquen el Danubio Azul, en el que se silba a Eric Satie, se desconoce a Acario Cotapos, y se escucha con placer la verborrea de conferencista más o menos árabes o de poetas ramplones que recorren la América dedicando sonetos a las sociedades de beneficencia. Saliendo de Chile, Rafael Silva ha ganado un ciento por ciento. Es el fenómeno constante. Hay otros que salen y pierden la atravesía, la aureola de latón que lleva grabadas estas palabras: GRANDE HOMBRE, MUY PREPARADO. Frasecita que les hizo fácil la existencia en la patria.

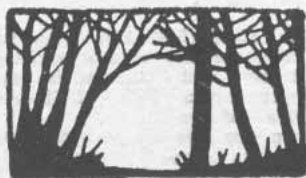
He conocido muchos de estos últimos que pasean por Europa, de capital en capital, de hotel en hotel, su aburrimiento y su vaciedad.

A los primeros, a los del viaje heroico, a los que han tenido largos paseos desesperados a orillas del Sena, del Támesis o del Spree, les está asegurado, cuando menos, el cielo ilimitado de la inteligencia. Y a los otros, vuelta al marco dorado que aquí no encontraron, sólo les queda el comienzo del cuento, a la hora del humo y de la digestión.

—“Una vez en Europa...” Y no tienen qué contar.

Berlín 1925

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA



OTRAS CRONICAS

LA FERIA TRISTE

Todavía no se va el invierno. El hielo empaña aún los cristales de mi ventana. Es preciso, en las noches, echar un leño a la estufa, y cada día los tejados amanecen brillantes de la lluvia o blanqueados por la nieve.

Desde mi sexto piso veo a los hombres anochecidos salir de un café para entrar en otro, huyendo del frío que fustiga y que muerde. Y miro a las mujeres ma-
drugadoras, que viajan apresuradas a través del viento y de la bruma.

En este hotel pobre en que vivo, y en el que todos los moradores estamos bien lejos de la fortuna, cada uno se ingenia para proporcionarse un poco de calor.

Mi vecino del 24, el escultor ruso, se dedica de la mañana a la noche a toda suerte de gimnasias: levanta pesas, estira elásticos, golpea las almohadas y canta aires esclavos.

La pequeña Claudine, del 26, amiga de todos los escritores de París, quema todas las veladas, una docena de volúmenes (cuyas ardientes dedicatorias son un magnífica combustible), para entibiar su garzoniere. Ayer me decía, con un dejo de tristeza:

—¿Sabe Ud. Alberto? Creo que mi biblioteca va a durar menos que el invierno...

—¡Ah, Claudine! Yo lamento no haber encontrado aún editores. En tal caso, ya quedaría usted bien aprovisionada. Sin embargo, puedo contribuir con algo a su calefacción... Aquí tiene usted estos "Veinte poemas de amor". Créame que son casi incandescentes. Y además, este "Barco Ebrio", que arderá como la mejor antracita...

Y Claudine se llevó los libros, sonriendo, agradecida y convencida.

Yo mismo, en fin, el del 27, cuando el frío es irre-

sistible, renuncio a mi almuerzo, estolicamente, para darme el grave placer de encender un leño en mi noble chimenea de mármol jaspeado.

Confieso que hay fechas repetidas en mi calendario en que no hay almuerzo a qué renunciar... Entonces, mis amigos, siento el pecaminoso e irrefrenable deseo de robarme las aspas del Moulin de la Galette y convocar a Ivan, el ruso del 24, a Mitrani, el rumano del 19; a Claudine, la del 26, a todos los friolentos de París, en fin, y solazarnos en mi cuarto en torno a su incendio reparador. Pero este deseo rebelde no llega nunca a realizarse. Y me contento con apretar entre mis manos ateridas la cabeza caldeada de mi pipa.

Mientras tanto, allá arriba, en Montmartre, sobre una plazuela desolada, la feria de los pintores extiende sus etalages y muestra su mercadería de color.

Es el trabajo, largo tiempo guardado al fondo de las mansardas, la obra que nadie ha buscado, los cuadros que desechó el marchand y que el artista aguijoneado por la miseria expone ahora al interés del transeúnte.

Allí están los retratos, los croquis, las naturalezas muertas, sencillamente alineadas, sobre el suelo húmedo o colgados de los árboles lluviosos.

Es la feria silenciosa. No hay aquí el discurso de pintoresca elocuencia con que los charlatanes del boulevard atraen y convencen. Aquí no se escucha el llamado de los tímboles a la entrada del circo, ni hay el hábil escamoteador que abisme en un rápido juego de baraja.

Es la feria triste.

Como en una procesión, como en un cortejo, la columna de espectadores desfila, se detiene un instante ante cada grupo de telas y pasa. Nadie compra nada. No es el tiempo, amigos míos, de alimentar el espíritu.

Y allí queda el pintor pobre, de pie junto a su mercado, fumando y esperando con resignación. El viento corre, ahora, y empuja sobre las telas una lluvia de hojas y ramitas secas. El pintor sonríe, se agacha y aparta sin impacientarse los menudos obstáculos.

A la distancia, sin embargo, no deja de tener un aspecto bizarro esta feria melancólica.

Es cierto que la mala estación ha desnudado los árboles. Pero he aquí que en tanto dure una semana, las negras ramas ostentarán el follaje multicolor con que el artista las ha revestido.

Y parecen así, los veinte troncos de la Place Constantin Pequeur, veinte árboles de Navidad. ¡Pobre Navidad de los pintores pobres, sin músicas, sin Reyes y sin niños de alegría!

París 1925.



DON MIGUEL

A la casualidad debo, entre otras muchas cosas de mi vida, el conocer a este gran viejo desesperado que es don Miguel de Unamuno.

Tomaba mi café, de las dos de la tarde, hace algunos días, en una mesita de "La Rotonde" — conservatorio kaleidoscópico de quimeras internacionales — cuando, frente a mí, se sentó un hombre de cabellos y barba encanecidos.

Su traje azul oscuro, cerrado hasta el cuello, hacía más clara la mancha de su rostro. Hojeando libros y revistas, me había encontrado muchas veces, con diversos retratos del maestro, desde aquella magnífica caricatura firmada por Bagaria, hasta esta fotografía reciente tomada en Fuerte Ventura, en la que Don Miguel aparece caballero en un camello, en un ilustre camello que luce la Cruz de Alfonso XII.

A través del objetivo, yo me había formado una imagen de Unamuno bien diferente de lo que él es en realidad. Creía yo que Don Miguel era de estatura mediana, paliducho, débil. Y me había formado esta imagen a pesar de conocer muy bien la reciedumbre de sus acciones y de su obra entera.

El hombre que tenía frente a mí era un hombre de traza vigorosa, alto, sanguíneo, de gestos rotundos y de mirada penetrante, casi dura.

Pero este hombre, cuyo rostro de líneas enérgicas me recordaba con cierta vaguedad el rostro del profesor de Salamanca, trabajaba nerviosamente, concienzudamente, con una pequeña hoja de papel. Entre sus manos de dedos gruesos le dió infinitos dobleces, y, por fin, junto a mi taza, en actitud grave y filosófica, una pajarita apareció ante mis ojos asombrados.

No había duda. Este hombre no podía ser otro que Don Miguel de Unamuno.

El me miró por encima de sus lentes, sonrió y me preguntó:

—¿Es usted griego?

—No, Don Miguel, respondí. Soy sudamericano, de Chile.

—¡Ah, de Chile! Pero es curioso, tiene usted tipo griego...

Y continuó, sin extrañarse de que yo le llamara familiarmente "Don Miguel":

—De Chile... Si, Tengo allí muchos amigos. Estudiantes. Y algunos escritores. En Chile se han hecho un libro muy bueno y otro muy malo. El primero es una traducción de Esquilo, de un presbítero, un señor Salas, muy buena... muy buena...

El segundo es la "Raza Chilena", del doctor Palacios. Eso está muy mal, pero muy mal.

Y ahora me voy, dijo, levantándose. Venga Ud. a casa 2 rue de la Perousse. Venga Ud. mañana. Charlaremos. Le mostraré a Ud. mis dibujos.

Don Miguel me estrechó la mano, dejó un franco sobre su taza y se marchó erguido, a pasos rápidos, con los pantalones recogidos sobre sus piernas todavía fuertes.

Desde aquella tarde una pajarita de papel medita sobre mi mesa de trabajo, junto al brazalet de cobre que Apollinaire fabricara en las trincheras y frente al retrato de Raymond Radiguet, muerto a los veinte años.

Cuando al día siguiente fui a visitarlo, me recibió como a un viejo camarada.

—Pase Ud. siéntese un momento. Estoy terminando una carta...

La habitación era pequeña, modesta. Sobre la chimenea, un montón de libros. Por todas partes, hasta en el suelo, periódicos y papeles.

Me senté en la cama y cogí una revista.

Don Miguel, terminó su carta, se volvió hacia mí, y como reanudando una conversación, dijo:

—Siempre me ha parecido una insula, aquello. Todo, la situación geográfica, apartada del resto del mundo y aún del resto de América; su carácter general, todo, todo es allí insular.

Comprendí que hablaba de Chile. El continuó:

—Además, tienen Uds. mucho de vascos. Se me imaginan un puñado de vascos independientes que hubieran descubierto aquel rincón y fundado allí un país.

Yo le hablé de España. Le pregunté si volvería:

—Ah, España, dijo. No sé. Creo que no volveré tan pronto. Esperaré hasta que aquello cambie completamente... No se imagina Ud. cuánto sufro al pensar en España.

Aprovechando un instante en que la luz es favorable, tomo mi lápiz y hago un croquis. Don Miguel lo observa y dice:

—No está mal, algo flojo, sabe? Yo también dibujo. Allá en Fuerte Ventura trabajé bastante. Traigo más de trescientos croquis de camellos.

Se levanta, revuelve en una carpeta, y me muestra.

—Vea Ud., hay algunos que son simpáticos.

Los dibujos de Don Miguel tienen una justeza y una sencillez de líneas admirables.

—Este es el retrato de un hijo mío, dice, pasándome una cartulina pequeña. Lo hice poco antes de que el pobrecito muriera. Lo llevo siempre conmigo.

En trazos, casi esfumados, distingo el rostro doloroso y la frente abultada de un niño.

Don Miguel comenta:

—Nació hidrocefalo...

Luego, como para ahuyentar un recuerdo de sufrimiento, propone:

—¿Quiere Ud. que salgamos? Hoy hace sol...

En la calle, al pasar junto a una estación del metro, me dice:

—¿No le son antipáticos a Ud. estos sumideros del metro? A mí me dan una impresión dolorosa, de pesadilla. Mire Ud. cómo baja la gente, apretándose, estrellándose, en una ansia febril de ganar tiempo... Esta febrilidad, este apresuramiento de la vida moderna es angustiador.

Don Miguel camina erguido, con las manos cruzadas a la espalda. Entramos en un jardín público. Yo pregunto:

—¿Ha escrito Ud. mucho en Fuerte Ventura?

—Sí, he escrito algo. Luego publicaré un libro de sonetos hechos allí. ¿Quiere conocer alguno? Es. cuche Ud.:

Nos sentamos bajo una encina, y Don Miguel recita con el rostro levantado:

“¿Cuál de vosotras, olas de consuelo
que rodando venís desde la raya
celestial y surcando con la laya
de espuma de la mar el leve suelo;

cuál de vosotras que aviváis mi anhelo
viene del fiero golfo de Vizcaya?

¿Cuál de vosotras con su lengua ensaya
cantos que fueron mi primer desvelo?
Sois acaso sirenas o delfines
a brizar mi recuerdo estremecido
que de la mar se ahoga en los confines?
¿Cuál de vosotras olas del olvido
trae acá los zorcicos saltarines
de los regatos de mi verde nido?

Es el grito de nostalgia irresistible; es el hombre
que está solo y que sufre. Y en la zozobra que anega sus
horas de soledad, nace la hora, florece la hora inevitable
en que los ojos se abren y el corazón tiembla, deses-
perado.

"Al frisar los sesenta mi otro sino
el que dejé al dejar mi natal villa
brota del fondo del ensueño y brilla
un nuevo porvenir en mi camino.
Vuelve el que pudo ser y que el destino
sofocó en una cátedra en Castilla,
me llega por la mar hasta esta orilla
trayendo nueva rueca y nuevo lino.
Hacerme al fin el que soñé, poeta.
Vivir mi ensueño del caudillo fuerte
que el fugitivo azar coge y sujeta
volver las tornas, dominar la suerte
y en la vida de obrar por fuerza inquieta,
derretir el espanto de la muerte".

¡Derretir el espanto de la muerte! Aniquilar el
límite, romper el muro de impenetrable granito Y para
esto ser poeta, cantar.

En la tarde, en que el viento que viene del norte
ondea las hojas de los árboles, un niño, un pequeño
niño jubiloso viene corriendo hasta nosotros.

Don Miguel de Unamuno le abre los brazos, lo es-
trecha y yo veo que las lágrimas enturbian el cristal
de sus lentes.

París 1924





MONTPARNASSE SE MUERE...

Es la verdad. Más corta, más fugaz que la de la legendaria República de Montmartre, la vida del Principado de Montparnasse se desvanece irremediablemente. En un año todo ha cambiado, las figuras más decorativas han desaparecido, las antiguas costumbres han variado y hasta la fisonomía del quartier ya no es la misma de hace algún tiempo.

La horda de ingleses y norteamericanos que destruyó el carácter de la colina sagrada a golpes de dólares y libras esterlinas, ha invadido los dominios del Principado inoculándole la muerte.

En los corrillos de los cafés, en las cremeries, y hasta en los bistrós, triunfa la lengua de Whitman sobre la de Racine. Los tradicionales rincones con mesones de zinc y estufas de largas chimeneas metálicas cierran sus puertas para que, como por arte de magia, aparezcan en su lugar flamantes bares americanos, de ancho comptoir y altísimos taburetes.

A las melenas revolucionarias de los "fauves" suceden las brillantes y comedidos peinados del norte, y a los pantalones bombachos y a las holgadas chaquetas de pana, estos nuevos jerseys Prince of Wales, y estos nuevos pantalones Oxford, rectos y anchísimos, como chimeneas de transatlánticos.

Montparnasse se muere.

Del "Petit Parnasse", de "La Rotonde", rincones de un pasado glorioso, no queda ya sino la leyenda. Hace cinco años, frente a un comptoir de tres metros y en torno a cuatro o cinco mesas se amontonaban los hombres, cuyos nombres hoy se cotizan en sumas fabulosas en los mercados de arte europeos.

Un mesón humilde y unos cuantos veladores. Esa era "La Rotonde" de los buenos tiempos. Lenin y Trotzky forjaron en ese café de mala muerte su esperanza de fuego. Modigliani, Utrillo y Picasso bebieron sobre esas cubiertas pobres muchos vasos de amargura a la espera de la consagración. Entonces Kisling, el mismo que hoy asombra con la fantasía surrealista de sus camisas y fuma capitosos cigarros, andaba en alpargatas y fumaba "caporales".

Pero todo ha cambiado. "La Rotonde" se ha ensanchado. Su patrón, varias veces millonario, viste chaqué y lleva gruesa cadena terclada sobre el abdomen satisfecho. El café es un vasto hangar lleno de espejos y abrumado de luz. Es una inmensa perfumería, puerto obligado de los turistas internacionales y albergue seguro de ese elemento híbrido creado por el cine y la post-guerra. Fumistas, falsos artistas, hombres y mujeres que viven del gesto y la mistificación; horda histórica de muchachas equívocas, de pelos cortados, monóculo y bastón y de invertidos de ojos teñidos de kohl y labios tocados de rouge. Semblantes trágicos y rostros arrobados en un sueño simulado. Es la pose de tragedia y vida atormentada extraída de las novelas rusas y es el triunfo de la falsa actitud caída de las pantallas cinemáticas. "Le Donme" y "La Rotonde", los dos grandes clubs de "la hora perdida", se llenan cada día y cada noche de esta multitud temporera que acude de todos los rincones del mundo para vivir en Montparnasse su hora de locura.



Rue Campagne Premiere, al costado del "Jockey", cabaret americano, donde el negro Jim tañe su banjo sentado arriba de un piano, existió el bistró de Madame Rosalie.

En su juventud, esta mujer a quien toda una generación de montparnasianos debe algo de su vida y que reunía en ella la gracia y el ardor de la raza italiana, hizo la modelo en las academias del barrio.

Un pintor de cartel le aseguró un porvenir exento de zozobras y, gracias a la oportuna protección, en el otoño de su existencia, cuando ya sus formas no entusiasaban a los cultores de la plástica, el me-

són de su pequeño restaurant la defendió de los embates de la suerte.

Una pequeña sala de murallas pintadas de ocre, dos mesas de cubiertas de mármol y una docena de sillas de paja constituyeron el mobiliario y decoración del bistró. Sobre el marco de su puerta no hubo nunca un letrero que anunciara a los transeúntes la calidad del negocio "Chez Rosalie"... Divisa ambulante que, como ciertos viejos estribillos, caminaba de boca en boca.

El menú, escrito con tiza en una pizarra de madera, de precios al alcance de cualquier artista en apuros y en la que figuraban eternamente los sabrosos "spaguetti", que a poco devinieron célebres, atrajo desde luego una selecta clientela de súbditos de Apolo.

Utrillo y el malogrado Modigliani fueron fieles habitués. Conocieron allí las delicias del crédito largo en tiempos de cruda pobreza y, como este tiempo pareciera no tener un fin razonablemente próximo, pagaron sus deudas pintando cuadros en las murallas, cuyo valor el transcurso de los días se encargó de acrecer.

Madame Rosalie en persona hacía el servicio de la clientela. Para todos tenía una sonrisa y un saludo cariñoso. Una noche, una menuda damita se sentó frente a las mesas. La soberbia elegancia de la visitante apagó el bullicio de los comensales. Sólo Madame Rosalie tuvo para la nueva cliente una sonrisa desdeñosa y, como ésta se impacientara por la lentitud del servicio, exclamó dirigiéndose a sus huéspedes:

¡"Mirad, hijos míos, esta pequeña burguesita que no sabe esperar!".

La pequeña burguesita era la condesa de Noailles...

Las anécdotas empezaron a nacer y la gloria creciente del bistró llegó a ensombrecer la de aquel legendario "Albergue del Clavo", en Montmartre, donde Apollinaire, Picasso y Derain alimentaban las primeras hogueras del cubismo.

Pero todo tiene su fin en este mundo mortal, y, al comenzar la transformación de Montparnasse, "Chez Rosalie" fué la primera víctima.

Una viuda americana compró el local que ya tenía su historia. La nueva patrona introdujo las reformas que matan toda tradición. Las viejas sillas de paja fueron substituídas por recias banquetas barnizadas; las mesas fueron cubiertas por albos manteles, la lista de precios adquirió nuevas cifras y, en la ruina creciente, manos profanas, más habituadas al manejo de la raqueta de tennis que al de los utensilios culinarios, se encargaron en adelante de los "spaguetti" del menú.

La clientela misma se dispersó. Ante la invasión de monóculos y de jerseys coloreados, huyeron los muchachos de la Gran Chaumiere. Modigliani, pobre como una

rata, moría prematuramente en un cuarto glacial del boulevard Raspail. Utrillo entraba en la gloria de los hombres, y los cuadros que pintara sobre las murallas que le fueran hospitalarias en sus años de miseria eran arrancados a golpes de barreta y transportados como "cosa muy curiosa", a un museo de Yanquilandia. "Chez Rosalie"... Sólo el nombre y el recuerdo quedó de aquel rincón simpático y generoso.

*
* *

Entre la "Closerie des Lilas", que naturalmente ya ha inaugurado su correspondiente bar americano y "La Rotonde", que lo tiene también, existió hasta hace tres meses el café "Amis de Montparnasse". Los artistas que hufan de "La Rotonde", transformada en colosal peluquería, encontraban en la sala silenciosa y reducida de este café el último refugio del antiguo espíritu montparnasiano.

No podré olvidar las veladas en que Gustave Khan, el padre del simbolismo, recordaba con lágrimas en los ojos su amistad y su ruptura con el viejo Verlaine. No olvidaré tampoco que allí, en las crudas noches del invierno pasado, la pobre Gilbertte, — que acaba de morir en un pueblecito de Suiza, — envuelta en mi capa y tocada de su eterno turbante plateado, encendía la alegría de la reunión cantando a la guitarra las viejas coplas de Paul Dermée.

No se aparta de mi memoria el rostro pálido y los enormes ojos verdes de esta mujer, toda espíritu, toda gracia y toda belleza, y vive aún en mis oídos su voz dulce y grave que la tisis comenzaba a marchitar.

El viejo Lezqouezec, Manuel Ortiz de Zárate, el español Vidal Salich, el japonés Konichi y el que estas líneas escribe, decoramos los muros desnudos del pequeño café. Aquella tarde se abrió para mí el primer crédito en un comptoir parisino, y el vino dorado de Bordeaux mantuvo colmados nuestros vasos durante tres días y tres noches.

Allí mismo mi querido amigo, el pintor griego Niko, me ofreció una fantástica despedida al partir para Alemania, la víspera del doloroso día en que un automóvil habría de matarlo al atravesar la Place del l'Etoile.

*
* *

Era el último refugio, el oasis postrero, y ha desaparecido como tantos otros lugares en que se albergó la

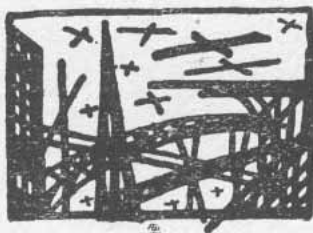
vida en extinción de un barrio que fué el corazón del mundo intelectual. Llegó el día en que el yankee inevitable extendió sobre el mostrador un libretto de cheques.

—¿Cuanto vale este café?

Una cifra tentadora, una firma sajona y negocio terminado. Dos días más tarde se repartían tarjetas de invitación para el vernissage del "Monaco", nuevo American Bar, dotado de todo confort. Las decoraciones habían sido borradas. Un tapiz color tango cubría las paredes. La vieja chimenea, a cuya vera acostumbraba sentarse la pobre Gilberte, fué substituída por cómodas estufas eléctricas. Al estrecho comptoir sucedía el alto mesón de cubierta barnizada, y encaramadas en empujados taburetes. Florence y Willy, las neoyorkinas más representativas de la horda, adormecen su aburrimiento entre cocktail y cocktail.

El jazz del establecimiento ataca el "blue" de moda y los banqueros de Wall Street y los ases del baseball bostezan cada noche sobre la ruina de Montparnasse.

París 1926.





MUSICA NEGRA

A Enrique Cantolla.

La gloria de Josephine Baker, la bailadora negra que ha encendido el amor de París hacia el jazz, comienza a palidecer a la sola noticia de que Florence Mills se dispone a pisar tierra de Francia.

¿Florence Mills? Otra negra bailadora, que según las críticas ultramarinas, canta "como un verdadero pájaro de Hawaii. Ella nos traerá los últimos "jazz", los más reciente "blues". Pronto los labios que hoy corean incansablemente el "Yes", sir, that's my baby", aventarán bajo el cielo de Lutecia el ritmo melancólico que musicaliza el cafard de los negros en "Lady be good" o "Carolina in the morning".

*
* *

¡El jazz, la música negra! No olvidaré jamás la primera vez que escucharon mis oídos y vieron mis ojos una verdadera orquesta de color.

Fué en Berlín. Una mañana apareció en mi cuarto Rafael Silva, ese heroico muchacho que hace cuatro años se da saltos mortales en Alemania para perfeccionar sus estudios musicales, sin contar con ayuda oficial alguna. Venía agitadoísimo, transfigurado.

Al ver la actitud de mi amigo y temiendo que le hubiera ocurrido algún accidente, le interrogué con nerviosidad.

—Cuenta, hombre. Dime qué te pasa.

—Oh, es maravilloso. ¡He descubierto a los negros! No he podido dormir en toda la noche...

Yo quedé estupefacto. Había descubierto a los negros... No había dormido... Pero ¿de qué se trataba? ¿Qué negros eran esos?

—Los "Chocolate Kiddies", hombre. Es fenomenal. Tienes que ir a verlos.

¡Los "Chocolate Kiddies"! Hacía una semana un afiche anunciando el debut de la compañía negra, en uno de los grandes teatros berlineses, había atraído mi atención. Rafael Silva, con su verbosidad y mímica características, trataba de hacerme comprender su entusiasmo.

—Oyeme, no hay nada ni nadie, en el mundo, que pueda darnos una sensación más extensa del efecto y un sentido más avanzado del ritmo que esos negros diabólicos...

Nadie, después de Bach, ha llegado a renovar, a revolucionar como ellos la ciencia del contrapunto. Tienes que oírlos. Y tienes que verlos. Verlos, sí. La orquesta de esos negros es un espectáculo magnífico, inverosímil, del cual toda descripción es insuficiente e inútil.

Rafael Silva reanimaba en mí, con su entusiasmo una vieja curiosidad. El mismo Erik Satie me había ponderado ya, aquí en París, los méritos de la música negra.

En casa de Vicente Huidobro, dos o tres victrolas de diversos tamaños hacían girar sin descanso los ragtimes y los jazz, que llegaban de Norte América.

En los cabarets de Montmartre y de Montparnasse, los negros tocadores de banjo y las pequeñas orquestas de color habían despertado mi admiración. Yo deseaba, verdaderamente, escuchar música negra, legítima música negra, algo que no fuera la mera versión de compositores yankees, como Donalson o Wiener. La ocasión se presentaba y decidí no dejarla escapar.

—Esta noche iremos juntos al Palast. Pero, dime ¿es caro el billete? ¿Tienes tú dinero?

¡Helas! En la juventud de un cronista, la consulta de fondos se repite con demasiada frecuencia. Mi compañero me miró con angustia.

—Hombre, sí. Es caro. Cinco marcos, lo más barato. Y yo tampoco tengo un pfening.

Quedamos un momento en silencio.

Era la eterna y terrible historia de los dineros. Pero yo estaba decidido y era cuestión de ingeniar-se.

Por aquellos días la suerte no me sonreía demasiado. Toda mi hacienda y casi mis únicos medios de vida se materializaban en un telescopio y en un permiso municipal que me permitían cada tarde, de cinco a ocho, insta-

larme en una plazuela de la Kaiserallee, y, por el módico precio de 15 pfenings, mostrar a las transeúntes amantes de la astronomía el paso del planeta Saturno con todos sus anillos...

Breve consulta, breve discusión y luego salíamos Silva y yo dispuestos a vender el telescopio. Al caer la noche, con un litro de cerveza bajo la piel y fumando capitosos "Batschari", nos dirigíamos al Palast para bañarnos en melodía de color.

*
* *

Se ha repetido mucho que la música es arte de pueblos primitivos. No importa. En la escala de los pueblos que cubren la tierra, creo que no hay uno solo que escape a su sortilegio. Es el sortilegio del ritmo. Y, de todas las razas, creo que ninguna posee un dominio más completo del ritmo que la raza negra. En la música y en la danza, van de la actitud y melodía más incoherentes y diabólicas, hasta la más increíble delicadeza. He visto en los cafés de marineros de Panamá, y en los barrios maleantes de Hamburgo, negras obesas y negros deformados ya por el trabajo y el vicio que, aún en medio de la embriaguez más repugnante, ejecutaban verdaderas maravillas en el ritmo de un baile. Es cualidad inherente a la raza.

Los "Chocolade Kidies" presentaban un programa de ballets y de improvisaciones. He aquí un cuadro. Los carteles daban su título: "Plantación". El ballet estaba hecho a base de los movimientos, ruidos y actitudes cotidianos de los obreros en las plantaciones de café o de tabaco.

Sucesión cinemática de danzas y canciones, en que todo, la luz, la sombra, el canto de las voces humanas, el canto de los pájaros, el ruido de las herramientas y el rumor de toda la jornada, se confundían, se mezclaban, aparecían o se perdían en una continuidad afiebrada o lenta de una riqueza admirable.

De pronto los actores abandonaban la escena corriendo, saltando, dando alaridos en un desorden desconcertante. El espectador creía por un momento en el advenimiento de la locura. Y en el mismo desorden los actores volvían, sin haber perdido un segundo en la aparente tintimarra, la línea armónica o el hilo melódico de que sólo ellos eran dueños y creadores absolutos.

*
* *

Ahora doce hombres están sobre escena... Es la orques-

ta. No tienen música escrita alguna. Son doce hombres que con veintitantos instrumentos van a improvisar, van a exteriorizar el ritmo que anima sus corazones de ébano.

Una nota, un sonido cualquiera nace y a esto se une un segundo, un tercero, el sonido áspero del banjo, el llanto del saxofón, los platillos, los timbales, el bombo, el serrucho, gritos guturales y el piano tocado con las manos, con los codos, con la frente y los pies.

Toda la orquesta, en fin, todo su instrumental en un juego infernal y magnífico. A la música, los ejecutantes unen la actitud. Siguiendo el ritmo apacible o frenético que anima el conjunto, estos hombres voltean los ojos, ríen, gritan, lanzan los instrumentos al aire, los recogen, se detienen, continúan, se levantan, bailan, zapatean. Se diría que junto con los instrumentos ellos se desprenden de sus cabezas, de sus piernas y de sus brazos, para lanzarlos al aire, cambiarlos entre sí, tomarlos de nuevo y crear un trozo musical de la más ardiente y extraordinaria fantasía.

Y esto sólo en la traducción de las fuerzas alegres. Queda todavía el "blue". En el blue el negro exterioriza con una naturaleza y una delicadeza musical incomparables, la tristeza, la amargura y la melancolía congénitas al país natal.

Puccini declaraba a su vuelta de América:

—"Yo que sufro como un enfermo a la menor falla de la orquesta en el teatro, oyendo la música de los negros he quedado maravillado. Poseen un sentido musical extraordinario y una sensibilidad que a menudo sobrepasa la nuestra".

Esto no es poco decir y no olvidemos que Puccini fué un compositor de público grueso.

Strawinsky, el constructor musical más grande de nuestros días, admira profundamente las creaciones del jazz.

La música negra ha conquistado el oído blanco. En Norte América la conquista ha sido fácil. Estaría bien decir que de allí partió la invasión. Paul Whitemann, el célebre director, da conciertos de jazz con el concurso de cien ejecutantes. Y las más avanzadas y severas sociedades musicales, la de Guild, por ejemplo, — que fué la primera en dar audiciones de Schoenberg, el genial compositor alemán, — ha "producido" el pájaro prodigioso que París espera oír cantar sobre los árboles de esta primavera: Florence Mills.

Saltando por encima del infierno sonoro de New York, a bordo de un transatlántico, llegará hasta nuestros oídos curiosos e impacientes el canto poblado de ruidos tremendos o bañado de sutil melancolía de los negros soñadores de Virginia y de Florida.

París 1926.



PETIT LOUIS

La existencia de los apaches no es un mito. En París, el "mec du milieu" vive no sólo en las pantallas de los cines, sino también en las calles de la urbe tumultuosa, tales como la rue de Lappe, Belleville, boulevard des Batignolles, Barrios enteros están bajo su dominio, y Me nilmontant, la Bastille y otros, deben su oscura leyenda a la presencia del hampa más auténtica e inconfundible.

Calles estrechísimas, rampantes, en las que la claridad de un mechero de gas es un verdadero milagro, parecen adormiladas e inánimes durante el día. Con las primeras sombras de la noche algunas puertas se entreabren, algunas vidrieras se aclaran con reflejos de acuario y llegan hasta los oídos del aventurado transeúnte las voces asmáticas de los acordeones, la palabra injuriosa o el silbido peculiar con que el apache llama a su compañera: "¡Hé, toi la gonsesse!".

El apache tiene su romance y su literatura. En París, Francis Carco debe la fama de que goza a sus libros sobre la vida trágica y pintoresca del apache. También el apache tiene su honor, su fiereza y sus gestos de heroísmo o de orgullo. En la batalla de la Marne, los poilus que más se distinguieron habían sido enrolados en los barrios en que el "bal musette" hace las veces de capilla. (El "bal musette" corresponde al "balongo" de nuestros barrios bajos, pero tiene un carác-

ter más acentuado y un sabor inolvidable. Su danza ritual es la "java", valse rápido que las parejas bailan estrechamente enlazadas y dando vueltas sobre sí mismas con una corrección impecable).

En la vida maleante de París, hay figuras de apaches legendarias. "Bubu de Montparnasse" fué el héroe de mil historias malsanas. "Toto le rouge" mató en una sola noche a más de quince guardias. "Petit Louis" tenía una voz ronca y aterciopelada que todavía recuerdan las "gigolettes" del Quartier Latin.

"Petit Louis" hizo la guerra y dejó un brazo en San Quintín. Sin embargo, no abandonó la trinchera hasta que el armisticio fué firmado.

Cuando "Petit Louis" volvió a París, su pecho, en el que se habían recostado innumerables melenitas a "la Ninon", aparecía constelado de medallas.

Estudiantes y grisetas, troteras y patronas de "bistró", todo el Quartier Latin en masa festejó durante tres noches el regreso del héroe. Pero el tiempo corre veloz y su esponja inexorable borra todo contorno, desvanece todo entusiasmo; el olvido lo acompaña.

"Petit Louis" comprendió que la danza había terminado y quiso trabajar para mantener su flamante y honesta aureola. De su vida de antes de la guerra apenas si le quedaba un recuerdo agrio y el sobrenombre: "Petit Louis".

Este sobrenombre le recordaba una época pintoresca de su existencia, el amor fácil de las "gigolette", no pocas riñas con los "flics" y hasta dos años perdidos a la sombra húmeda de las murallas de la prisión.

De vez en cuando aparecía en su memoria un viejo estribillo:

"C'est Marie le terreur de Batignolles...".

Y con el estribillo, revivía ante sus ojos la atmósfera del "bal" pesada del humo de los cigarrillos, la orquesta de acordeón y guitarras y la silueta del "grand Julot", en camiseta rayada, la casqueta sobre los ojos, con su pescuezo de toro y su voz de trueno, paseándose entre las parejas entregadas al delirio casi inmóvil de la "java":

—"Señores y señoras, tengan la bondad de pagarme el baile".

"Petit Louis" recordaba... Pero no. Aquello no volvería a ser. "Petit Louis" quería trabajar. Al fin y al cabo no es difícil ser un hombre honrado. Y tiene sus ventajas...

Cada mañana en el café repaaba los anuncios del "Petit Journal". Anotaba direcciones y las recorría luego a la busca de un empleo. Pero las usinas necesitan hombres sanos y eficientes, buenos productores. "Petit Louis" tenía un solo brazo. Las negativas se sucedieron y con ellas el desaliento entró en el corazón de "Petit Louis" como una tinta negra y espesa.

Una tarde se encontró con Eugéne, el patrón de una taberna maleante, "Petit Louis" contó sus dificultades. Eugéne la escuchó sin chistar, convidó a tomar unos vasos y tras breve plática convenció al ex apache de su error.

—“Tú tienes todavía la bella voz que hacía temblar de pasión a las mujeres de aquellos tiempos. No pierdas el tuyo. Vente por casa. Te daré una guitarra y cantarás... La vida volverá a sonreírte”.

Por la noche, apoyando la guitarra en sus rodillas, como los indígenas de Hawaii, "Petit Louis" repetía el estribillo de antaño:

"C'est Marie le terreur de Batignolles
et pour elle les hommes en folle.
¡Voilà, Mariolle! Voilà Mariolle...!"

Fué un triunfo. El público de casqueta deliraba. Entre el humo que llenaba la sala hasta el techo, entre la algazara de la ovación, rostros casi olvidados surgieron y se acercaron hasta "Petit Louis".

—“Et ben, P'tit Louis", on est mieux ici q'la bas?"

Allí estaban la bella Margot, Mimi la rubia, Jean el Inocente, Tom el Tuerce Cuellos... ¡los compañeros y las amigas de hacía diez años!

Al amanecer de ese día, al amanecer de todos los días subsiguientes, Mimi la rubia camino del hotel acordaba sus pasos menudos al paso vacilante de "Petit Louis".

El apache reencontraba el pasado.

Por las tardes, la inevitable e interminable partida de naipes en el "Café de la Vieja Linterna". Los aperitivos y el cigarrillo azul, cuyo tabaco ahuyenta hasta a los perros.

Por las noches, las canciones canallas en la taberna de Eugéne. El baile monótono y golpeado. De vez en cuando una rifa, un disparo, y los cinco minutos de espera reglamentaria en que puede aparecer el guardia:

Volvía el pasado. Los brazos tibios y acogedores de Mimi la rubia borraban de su recuerdo los días grises, los años turbios de la guerra.

"Petit Louis" era generoso. "Los francos son redondos — decía — y hay que hacerlos rodar". Su crédito en los mesones del barrio no tenía límites. Sus "corridas" de pernod eran famosas. Nunca pagaba menos de veinte vasos. Sus historias eran repetidas de boca en boca. Su manera de echarse la casqueta sobre los ojos, el corte de sus cabellos sobre la nuca, en forma de media luna y la letra C. que dibujaba con ellos sobre las sienes, eran imitados por todos los golfos y mesoneros.

El "foulard" de seda escarlata que anudaba su garganta enloquecía a las mujeres. "Petit Louis" vivía sin sobresaltos:

— "¿Ca va, P'tit Louis?"

— "¡Ca gazze... ca gazze!".

Pero un día entre los días... Eugéne mismo se encargó de rasgar el velo. Jugaba a las cartas en un cafetín de la orilla izquierda del Sena. "Petit Louis" llevaba la mejor parte. El montón de platillos a la vera de los jugadores acusaba una fuerte adición. Eugéne miraba de reojo.

— "¡Tu est vernis, toi!".

"Petit Louis" sonreía. Eugéne continuó:

— Tu est vernis, et tu l'sais: "Hereux dans le jeu..."

"Petit Louis" dejó de sonreír, pero continuó jugando. Ganó otra partida. Eugéne tiró lejos el cigarrillo, escupió.

— "¡Sacre! Oui, tu est vernis, mais..." Y ya no pudo contenerse: Mimi te engaña... Te engaña con Tom. Y, ya lo sabes, Tom tiene sus dos brazos!".

"Petit Louis" palideció, mudo. Con su única mano sacó el paquete de cigarrillos azules, los fósforos. Eugéne continuó:

— "Vamos, veo que eres razonable. Comprendo que nada te importa; de mujeres París está lleno... Ven, vamos a otra parte. Tomaremos otra copa".

Salieron. Adodados a otro mesón, "Petit Louis" tomó esa copa y tras esa otra y otra. Una "corrida" nunca va sola cuando un hombre tiene algo que roe dentro del pecho.

Nunca como aquella noche, en la taberna de Eugéne, la voz del apache había sonado más ardiente y acariadora. En una mesa, Mimi la rubia fumaba y bebía acompañada de Tom y de otros comparsas. "Petit Louis" cantaba con los ojos clavados en su cabeza de loba, en sus ojos cargados de rimel, en sus labios de cereza jugosa. Terminada la canción de estribillo procaz el apache dejó su guitarra. Apartando los grupos llegó hasta la mesa en que estaban su mejor amigo, Tom, y la compañera desleal. Cogió un piso y se sentó frente a ellos. Encendió un cigarrillo y pidió un vaso. Es costumbre de apaches, para despedirse de un compañero, beber con los brazos enlazados. "Petit Louis" tendió su brazo hacia Tom. En el grupo se hizo silencio. Tom tuvo un gesto imperceptible de sorpresa. Pero, entre apaches la comprensión es rápida y las explicaciones están de más. Ambos bebieron. Mimi la rubia, con la voz ahogada, preguntó: "¿Qué pasa?. Es que te vas, "Petit Louis"?"

"Petit Louis" no contestó. Limpió sus labios con la punta del "foulard", se levantó y salió lentamente de la

sala. Nadie intentó detenerlo ni seguirlo. ¡Cada uno sabe qué puntos calza!

Amanecía. Las calles espejeaban bajo la lluvia pertinaz y perenne de París. "Petit Louis" marchaba con paso seguro. Se detuvo ante un estanco y compró tabaco. Pasó una moneda gruesa y no recogió la vuelta. La dueña, que lo conocía, penso sin extrañeza: "¡Siempre tan generoso "Petit Louis!"

El apache continuó su camino. Llegó al río y siguió la dirección del parapeto. Notre Dame quedaba a su espalda, espectral su mole de piedra blanca y negra en la bruma lechosa del amanecer.

"Petit Louis" pensaba en su vida, en Mimi, en Tom. "Y, ya lo sabes, Tom tiene sus dos brazos". Volvían a su mente las palabras de Eugéne. En sus oídos cantaba la risa fresca y ágil de Mimi. La mujer era hermosa y joven. "De mujeres París está lleno..." Si, era verdad. Pero él quería a Mimi.

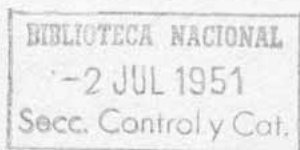
"Petit Louis" se detuvo. Frente a él se alzaba azul, casi etéreo, el cuerpo férreo y esbelto de la Tour Eiffel. El apache se sentó sobre unas piedras. Fumó. De vez en cuando levantaba la cabeza. En lo alto, lejos, una lucecita roja parpadeaba. Era la linterna de la radio en la cúspide de la torre. "Un tiro habría bastado", pensaba. Sacó de su bolsillo el revólver, pequeño y negro. "Pero Tom es mi mejor amigo..." Lanzó el arma por encima del parapeto. Se levantó y miró hacia el agua. Grandes círculos concéntricos se abrían hacia las riberas. Largo rato estuvo mirando los reflejos luminosos, verdes y rojos, sobre el agua quieta. Sobre el lomo de los puentes, los taxis cruzaban silenciosos, como en un sueño.

Desde que cruzara su brazo con el de Tom, para beber, una determinación gravitaba sobre el corazón de "Petit Louis".

Ya era casi de día. "Es preciso concluir", se dijo. Anduvo hasta el pie de la torre. Se quitó la casqueta y la tiró al suelo. Ayudado de su único brazo, con tranquilidad, comenzó a escalar. Subiendo en zig-zag alcanzó hasta la primera plataforma. La terraza estaba vacía. La casucha del centinela cerrada. Descansó un momento y continuó la ascensión. Desde abajo se alzó una voz. El apache miró por encima del hombro. Un guardia diminuto le gritaba y agitaba los brazos. "Petit Louis" reanudó su tarea. Comenzaba a fatigarse. Sobre una viga horizontal se detuvo y quedó a horcajadas sobre ella. Sus piernas colgaban al vacío. Abajo, un grupo de gentes había acudido a los llamados del guardia, y un coro de voces airadas llegaba hasta sus oídos. Le intimaban a descender. "Petit Louis" encendió un cigarrillo, el último. El grupo de gentes aumentaba. Ahora las voces eran suplicantes. Algunos corrían y de pronto el apache sintió las vibra-

ciones del ascensor, que se ponía en movimiento. "No me cogerán", se dijo. Había surgido el día pálido y ceniciento de París. El ascensor se acercaba. "No me cogerán" volvió a repetirse, y, por última vez: "Hay que concluir...".

Tiró la colilla, cerró los ojos y apretando los dientes se lanzó al vacío.



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Obras Publicadas por la Editorial "La Novela Nueva"

"CAP POLONIO"

por Joaquín Edwards Bello.
(Agotado)

"EL DUEÑO DE LOS ASTROS"

por Ernesto Silva Román.

"MAS DE UNA MUJER"

por Jacobo Nazaré.

"LOS TRIPULANTES DE LA NOCHE"

por Salvador Reyes.

"VIENTO SUR".

por Daniel de la Vega.

"MARIA ROSA FLOR DEL QUILLEN".

por Marta Brunet.

"MUJER DEL LAJA"

por Lautaro Yankas.

"LUCES EN LA ISLA"

por Luis Enrique Délano